La epidemia cultural

Toño Olais Coronado

Image not found.

Capítulo 1

I.- Mujer rencorosa

Desde la vergonzosa mañana en que su mujer se le insinuó con ponerle el cuerno de chivo, lo peor que se le había dicho del señor Adal Bustamante -un hombre, callejero y mujeriego- era que dejó de ahogarse en cerveza.

Antes de su discución, Adal Bustamante venía pisteando como un campeón en San Pepe, su pueblo natal. El sabado a la noche asistió al casamiento de un conocido venidero y al retirarse de la fiesta, ya en la madrugada del domingo, el veiculo donde viajaba, y que era manejado por su compadre Omar, fue paradó en el table dance: Los Angeles.

Hasta la molesta luz de la mañana.

El hecho de que tal acotencimiento no ocurriera durante la decada de su matrimonio fue más una costión de intereses economicos que otra cosa. Es hasta las fiestas de diciembre cuando las cosas comienzan a calentarse en el echo nupcial.

Siempre que Casandra, la esposa de este, tenia algo importante que decirle, llegaba con uno de los trapeadores de diesel, como sí su marido roncando le prestara credibilidad e importancia adicionales; el estridente trapiador de Casandra siguió su velóz marcha por aquella cama tentadora y por los largos en tornos de madera en los que Adal Bustamante dormía en posición de estrella. En los que Adal roncaba y pitaba. Los ronquidos parecían indicar una sola razón. El olor era insorpotable. El olor parecía venir como aspiradora, unas veces pitidos y otras a hedor crudo, pero siempre presente. Luego, en algunos golpes al norte de la cabecera, el marido fue despertado al franco izquierdo mientras el trapeador de Casandra seguia en linea recta y mientras, el corajudo de Adal -aturdidó, crudo y envueltó en su sabana- escuchaba los molestos golpes del trapiador en la cama donde él habia estado roncando, abrió por un golpe sus ojos como un lente por la boca de un telescopio y se levantó de un saltó. Pero Casandra había estado esperandole, y le dijó a su marido con un rencor virulento, que le diera quince pesos para comprar de tortillas, pero Adal lo había gastado anoche en bailarinas exoticas quienes bajaron sus puentes levadisos, con un baño de yacuzzi.

-¿Quince pesos? -murmuró, hizo una pausa y declaró- No tengo ni para comprar huevos. Eso tambien lo exajero y se hizo el enojado.

Cuando casandra lo oyó confesar, su presentimiento fue terminante, supo de inmediato porque habia madrugado. En la habitación no se atrevian a mirarse a la cara. Pero despues de una pausa estando Adal casi podrido

por la cruda, ella fijó sus ojos en los de él y le dijó <<No tienes remedió.>> Adal le ignoraba. Se prevenia contra las discuciones casuales. Procuraba huir de Casandra, de inmediato. Le indigno la condición que marcó su vida el dia en que su mujer le preguntó hasta cuándo pensaba dejar de tomar cerveza en fines de semana, porque interpretó la pregunta como una ilusión a su ruina financiera. Cuando él estaba por echar a correr, ella pasó al reten en su dormitorió, pero durante tantas veces eludió sus retenciones pacificas en la recamara principal, que descuido esa preocupación. Hacía tanto tiempo que casandra, maltratada, emergió una ira suprimida. Entonces, en vez de fuerza bruta, en vez de regañinas como lo habia previsto, se dejó saturar por una suave sensación de venganza. Lo sintió realizarse en su más intimó pensamiento, como lo habia echo cuando era puberta, como lo habia echo desde siempre, y no pudo reprimir el sudor helado y el mordizqueó de los labios cuando él estaba plenamente de espalda. <<Vete -murmuro, hirviendo de coraje.- Vete o llamo a la policia para que ellos te lleven a la calle?.>> pero Adal Bustamante no sabía entonces lo que tenia que decir, porque ya no era un hombre pleno por la familia sino un hombre de absoluta inutilidad. Desde aquella vergonzosa mañana se reiniciaron las escandalosas batallas que se prolongaron hasta el medio sol.

-Soy tu esposa -gritaba Casandra, insunuandole.- Pero no estoy tapada.